

por el papa Gelasio en el número de los escritos apócrifos, es el manantial de donde los predicadores y los colectores de anécdotas y los artistas han sacado los detalles de la muerte terrestre y de la asunción de la madre del Salvador. Según esta narración, María llena de humildad, después de la consumación del gran misterio en que la cupo gran parte de los sufrimientos, se retiró sola á la casa de sus padres, al pié del monte de las Olivas, y pasó en la oración y en la meditación, los días que habitó en la tierra antes de reunirse con su divino hijo.

Más, hé aquí lo que sucedió el año vigésimo segundo de la resurrección de Cristo. Habiéndose retirado un día María al sitio más apartado de su casa, lloraba, aguardando el momento que debía reunirle á su muy querido hijo. Apareciósele un ángel revestido de luz, y aproximándose á ella le dijo:—«Salud, ó Virgen bendita del cielo; recibid los homenajes de aquel que trajo la gracia á los patriarcas y profetas. Os traigo del cielo esta palma, para que la hagáis poner en vuestro féretro,

interrogaciones de María, obra de los gnósticos; 24 el libro del nacimiento de Cristo; 25 el evangelio de San Juan ó de la muerte de la Virgen María; 26 el de Matías, compuesto por los carpocracianos; 27 el evangelio de la perfección, escrito por los gnósticos; 28 el de los simonianos, compuesto por los discípulos de Simon el Mago, para refutar á los profetas y negar la creación; 29 el de los sirios; 30 el de Taciano; 31 el de Tadeo ó Judas; 32 el de los valentinianos; 33 el evangelio de vida ó del Dios vivo, obra de los maniqueos; 34 el de Felipe, también de los maniqueos ó gnósticos; 35 el de Bernabé; 36 el de Santiago el Mayor, hallado en 1595 en la cúspide de una montaña cerca de Granada, en diez y ocho libros con hojas de plomo, una misa de los Apóstoles con su ceremonial y una historia evangélica, condenado por Inocencio XI en 1682; 37 el evangelio de Judas Iscariote compuesto por los cainitas; 38 el de la verdad por los valentinianos; y 39 los de Lucio, Luciano, Seleuco, Hesiquio, etc., Algunos de estos se asemejan mucho entre sí.

Se publicaron así mismo los actos de Pedro y de Pablo, los de Santa Tecla, Santo Tomás, San Andrés y San Felipe; los cánones de los Apóstoles; la correspondencia de San Pablo con Séneca y la del rey Abgar con Jesucristo.

Se puede consultar á JUAN ALBERTO FABRICIO, *Codex apocryphus Novi Testamenti*. Hamburgo, 1703, que hace mención de cincuenta evangelios apócrifos (p. 335); y mejor aun la nueva colección de los apócrifos, hecha por C. THILON, profesor en Halle. Leipzig, 1832.

Y del 1853 en Leipzig, *Evangelia apocrypha, adhibitis plurimis codicibus graecis et latinis, maximam partem nunc primum consultis, atque ineditorum copia insignibus edidit CONSTANTINUS TISCHENDORF*. Sobre el origen y alcance de los libros apócrifos, merece verse un artículo de G. J. Elliot en los *Ensayos de Cambridge* de 1856. Indaga el origen de esta fábula, parte de tradiciones piadosas, parte de piadosos fraudes, parte de alteraciones de herejes; cuanto introdujeron en las creencias comunes y más tarde en las artes y tantos nombres de personas, que los evangelistas no nombran, como Ana madre de María, Procla mujer de Pilatos, la Verónica, Longinos, Dimas y Gesta ladrones, y también la vara florida de José, viejo figurado, los animales y los ángeles del pesebre, la luz que lo alumbró, etc.

cuando dentro de tres días vuestra alma haya abandonado este mundo. Pues vuestro hijo os aguarda con los tronos, con los ángeles y con las virtudes del cielo.»

—«Os suplico, dijo María, que para ese momento se encuentren al rededor mio todos los apóstoles.»

Y el ángel respondió: «Hoy mismo, con el poder del Señor, se acercarán á vos entre nubes todos los apóstoles.»

Contestó María: «Benedicidme á fin de que las potestades del infierno no se me opongan cuando mi alma abandone el cuerpo, y que no vea al príncipe de las tinieblas.»

—«El poder del infierno no os incomodará» repuso el ángel. Esto diciendo, desapareció con gran esplendor; esparciendo una luz extraordinaria la palma de que había sido portador.

Entonces María despojándose de su vestidura, adornóse con otra mucho más hermosa. Salió después llevando en la mano la palma que le había traído el ángel, y se encaminó al monte de las Olivas, en el que se puso á orar.—«Dios mio, dijo, nunca hubiera sido digna de recibirlos en mi seno, si no os hubiereis apiadado de mí. Por lo mismo he velado fielmente sobre el tesoro que me habiais confiado. Os suplico, pues, ó rey de gloria, me protejais contra el poder de las tinieblas. ¡Si los cielos y los ángeles tiemblan ante vuestra presencia, cuanto más debe temblar esta débil criatura que no tiene de bueno más que lo que en ella habeis puesto!»

Acabada su oración, se levantó María y volvió á su casa.

Sería como la hora tercia; y en este instante, cuando San Juan predicaba en Efeso, dejóse sentir de repente un gran temblor de tierra: á la vista de todos envolvió una nube al apóstol y lo trasportó á la casa de María. Llena de alborozo á su vista, exclamó la madre del Salvador.—«Acuérdate, hijo mio, de las palabras que te fueron dirigidas desde lo alto de la cruz, cuando él me recomendó á tí. Moriré pronto. Además, he oído decir á los judíos: Aguardemos el día en que morirá la madre del seductor y arrojaremos su cuerpo á las llamas.»

Continúa la leyenda, diciendo como María explicó sus últimas disposiciones al apóstol, y como aparecieron durante este tiempo los demás apóstoles trasportados sobre nubes desde las más apartadas comarcas, á los cuales vinieron á unirse los cristianos de Jerusalem y las vírgenes compañeras de María en su soledad.

Tres días pasaron en consolarse mutuamente con el relato de sus penalidades y con las noticias sobre el progreso de la fé. Pero el tercer día hácia la hora tercia descendió el sueño sobre todos los que se hallaban en la casa, y ninguno pudo quedarse despierto, librándose solo de su influencia los apóstoles y tres vírgenes fieles compañeras de la Madre de Dios. Entonces, apareció el señor Jesús en medio de un coro de ángeles y se

rafinas. Los ángeles cantaban un himno de gloria del Salvador, y una esplendente luz llenaba toda la casa. En este momento habló el Señor Jesús y dijo:—«Ven mi muy amada, perla mia preciosa, entra en el tabernáculo de la vida eterna.»—Al oír María esta voz prosternóse en tierra, adoró al Señor y exclamó:—«¡Bendito sea vuestro nombre, ó rey de gloria, ó Dios mio, pues que os habeis dignado elegir á vuestra humilde sierva entre todas las mujeres para obrar la redención del género humano! Yo que no soy sino cieno y sangre no era digna de este honor; pero habeis venido á mí y he dicho: *Hágase vuestra voluntad.*»—Dicho esto levantóse María, se acostó en su cama y entregó el alma murmurando acciones de gracias. Durante este tiempo, los Apóstoles oían las palabras, pero no veían sino la deslumbrante luz que inundaba la casa y cuyo inesplicable esplendor era más blanco que la nieve, sobrepujando con sus rayos los de los más brillantes metales» (18).

(18) Conocemos tres cartas atribuidas á la Virgen María. La primera, con la de San Ignacio, á la cual responde ella, siendo de una época antigua; pero su autenticidad no está reconocida. Héla aquí:

Christifera Maria suus Ignatius.

Me neophytum, Johannisque tui discipulum confortare et consolari debueras. De Jesu enim tuo percepi mira dictu, et stupefactus sum ex auditu. A te autem, qua semper ei fuisti familiaris et conjuncta, et secretorum ejus conscia, desidero ex animo fieri certior de auditis. Scripsi tibi etiam alias, et rogavi de eisdem. Valeas; et neophyti, qui mecum sunt, ex te et per te et in te confortentur. Amen.

Respuesta de la Virgen:

Ignatio dilecto condiscipulo ancilla

Christi Jesu.

De Jesu que a Johanne audisti et didicisti, vera sunt. Illa credas, illis inhareas, et christianitatis suscepta votum firmiter teneas, et mores et vitam voto conformes. Veniam autem, una cum Johanne, te et qui tecum sunt visere. Sta in fide, et viriliter age: nec te commoveat persecutionis austeritas; sed valeat et exultet spiritus tuus in Deo salutari tuo.

Un obispo de Mesina, hizo aparecer en tiempo de peste una carta, que decía la había dirigido María á la ciudad de Mesina, y se tiene aun en gran veneración. Háse hecho mención de ella desde muy antiguo. Pero la crítica la desecha, de acuerdo en esto con la congregación del Index, que no aprobó las obras cuya autenticidad no era clara y terminante. Héla aquí:

Maria Virgo, Joachim filia, humillima Dei ancilla, Christi Jesu crucifixi mater, ex tribu Juda, stirpe David, Messanensibus omnibus salutem, et Dei Patris omnipotentis benedictionem.

Vos omnes, fide magna legatos ac nuncios per publicum documentum ad nos misisse constat. Filium nostrum, Dei genitum, deum et hominem esse fatemini, et in calum post suam resurrectionem ascendisse, Pauli apostoli predicatione mediante viam veritatis agnoscentes. Ob quod vos et civitatem vestram benedicimus, cujus perpetuam protectricem nos esse volumus. Anno filii nostri XLII, III nonas julii, luna XVII, feria quinta, ex Hierosolymis.

Esta carta indica por su contesto, que había sido enviada por la Santísima Virgen durante su vida; pero la tradición del país la considera bajada del cielo.

Todo lo que tenía relación con los abuelos de Cristo debió considerarse ser un milagro. Mil años después del pecado original, trasladó Dios el árbol de la vida al jardín de Abraham, y le dijo, que de su flor nacería un guerrero que sin la cooperación de mujer daría á luz la madre de una virgen que Dios escogiera por su madre. Con efecto, respirando una hija de Abraham los perfumes de la flor de aquel árbol, se sintió fecundada. A fin de atestiguar su inocencia se metió por medio de las llamas de una hoguera, y los carbones encendidos se cambiaron en rosas y azucenas. Dió á luz un hijo que llegó á ser rey y emperador, y poseyó el árbol de la vida sin conocer sus propiedades. No obstante sabía que era saludable para los enfermos: cortó, pues, una fruta en varios trozos y secó el cuchillo con su muslo. ¡Oh maravilla! se hinchó el muslo del emperador Fannel, y ni médicos ni cirujanos sabían adivinar lo que era, hasta el momento en que salió de la parte afectada una linda niña. Inmediatamente mandó el príncipe á uno de sus confidentes que la llevara á los bosques y la diera muerte; mas como se dispusiera á obedecerle, le disuadió de ello una paloma, vaticinándole que aquella criatura debía de ser madre de Dios. Depositóla, pues, en un nido de cisnes, donde Dios cuidó de ella. Criada por una cierva había llegado á la edad de diez años. Yendo Fannel de caza descubre la cierva, la persigue, la hiere, y va á parar al asilo de la doncella, quien le dice haber sido llevada en su muslo. Sorprendido y contento la lleva consigo, y la casa con Joaquín, caballero de su imperio, y de ellos nació María.

Marta, hermana de Lázaro, mujer de su casa, que prefiere la actividad á la contemplación, parte con su hermano resucitado para ir á convertir gentiles. Arrojada á las costas de Marsella, doma á un monstruo nacido de Leviatan y de un onagro, y le hace dócil como un cordero. Como aquel animal se llamaba Tarasca, se llamó Tarasca con la ciudad erigida en sus inmediaciones.

Longinos, aquel centurion que atravesó el costado de Jesucristo, y reconoció que era verdaderamente el hijo de Dios, se puso á predicar su doctrina y su resurrección. Una orden procedente de Roma intimó á Pilatos que le persiguiera como desertor. Entonces Longinos se da á conocer á los soldados que van en su busca; y aunque agradecidos á la hospitalidad que les ha dado rehusan qui-

El monge Gerónimo Savonarolo, reconocía como auténtica la carta de María á los florentinos, cuya antigüedad es inmemorial. Pero la Iglesia y la crítica la consideran como muy dudosa, como las precedentes, tanto más cuanto que consta que Florencia no profesó la verdadera fe sino en el año 65 de Jesucristo, por Paulino y Frontino, discípulos de San Pedro y dice así:

Florentia, Deo et Domino nostro Jesu Christo filio meo, et mihi dilecta. Tene fidem, insta orationibus, roborare potentia. His enim sempiternam consequeris salutem apud Deum.

tarle la vida, les persuade á que le proporcionen la palma del martirio.

La piadosa mujer que enjugó el rostro de Cristo cuando iba con la cruz á cuestas, se fué por aquellos alrededores con su imagen (*πρόσωπον εικόνα*), y operó maravillosas conversiones. Prócula; virtuosa mujer del cobarde procónsul romano, que por política habia pronunciado la condena de Cristo, después de haber procurado apartar á Pilatos de aquella iniquidad, sostuvo su valor cuando los milagros patentes á la muerte del Salvador agitaron su conciencia. Cuando después, según la tradición, fué llamado á Roma y enviado después en destierro á Viena en el Delfinado, le siguió Prócula logrando al fin convertirle á la verdad.

De este modo el pensamiento de los cristianos ni aun siquiera cerraba al juez que habia condenado á Jesús, los tesoros de la misericordia. Hasta Judas, á quien su desesperacion habia cerrado el camino del arrepentimiento, hallaba tregua en el infierno; decíase que todos los domingos se suspendian sus penas, así como desde Navidad á la Epifanía, y desde Pascua á Pentecostés.

Uno de los personajes que figuran con más brillo, especialmente á contar desde los progresos de la caballería, es José de Arimatea. Solamente nos enseña el Evangelio que era de la tribu de Efraim, uno de los principales ciudadanos de Jerusalem, que asistió al juicio de Cristo, aunque sin tomar parte en la infame sentencia, y después del suplicio del Salvador, bajó su cuerpo de la cruz y le dió sepultura. De este simple relato sacó texto la tradición para referir, que después de la resurrección abandonó José su ciudad natal, inspirado por el Espíritu Santo, y fué á anunciar el Evangelio á las islas occidentales. Habiéndole impuesto San Felipe las manos, parte, y á través de mil peligros, después de grandes fatigas, llega á Inglaterra, convierte sus habitantes, funda iglesias, instituye obispos, y luego cuando es llamado al continente mantiene una larga correspondencia con los nuevos creyentes.

Otros añadieron á estos hechos, que José se habia apoderado de la copa en que Cristo consagró el vino de la última cena, copa en que habia recogido después la sangre que corría de las venas del Redentor. Llamábasele San Graal (*Sangre Real?*) y la copa profería oráculos que aparecían escritos en sus bordes, de donde se borraban enseguida. Además de que permitía pasarse sin ningún alimento terrestre, curaba las heridas y conservaba en una eterna juventud al que la poseía.

Para guardar aquel tesoro instituyó José una orden de caballería; pero cesó á su muerte, y los ángeles se llevaron al cielo la santa copa, hasta que apareciera nuevamente una línea de héroes dignos de ser destinados á su custodia y á su culto. Fué merecedora de tan gloriosa tarea la familia de Perilo, príncipe de Asia, que vino á establecerse en el país de Gales. Aquí los leyendistas hacían empezar una larga serie de grandes maestros, famosos por aventuras caballerescas.

Judio errante.—La maldición del pueblo que habia hecho caer sobre su cabeza la sangre del justo, fué representada en una de las leyendas más populares y más simbólicas al mismo tiempo. Queremos hablar de la del *Judio Errante*. Asavero es la personificación de aquella nación, que á partir desde el momento que renegó del hijo del hombre, nacido en medio de ella, fué condenada á vagar perpétuamente sobre la superficie de la tierra, y á arrastrar por todos los países una vida sin fin como sin reposo.

En el año.... pero no importa el año, en atención á que cada siglo quiso atribuirse el hecho, viajaba el obispo de Sleswick en el Wittenberg, dirigiéndose á Hamburgo para ir en busca á la pequeña ciudad de Salen, de Francisco Eysen, su amigo, teólogo y hombre de talento. Después de haberle recibido con alegría y con toda clase de miramientos, Eysen convidó al viajero á asistir á un sermón para el lunes siguiente, que era el día de la Epifanía. Asistió, en efecto, el obispo de Sleswick, y paseando sus miradas sobre la multitud de oyentes, descubrió un anciano con larga barba blanca, que parecia prestar al sermón una atención estremada, y se daba golpes de pecho, gimiendo cada vez que oía pronunciar el nombre de Jesús. Imaginando el obispo que aquel hombre debía experimentar algún agudo remordimiento, envió á un criado para invitarle á ir á su presencia. Llegó el desconocido, y hallando al obispo en numerosa compañía, vaciló en responder al principio; impulsado luego por la cordialidad alemana, tomó asiento á la mesa al lado del obispo de Sleswick, y contó en esos términos la Odisea judaica (19).

«Nací en la tribu de Neftali, el año 3962 de la creación, tres años antes de que el rey Herodes hiciese morir á sus dos hijos por orden del emperador Augusto. Mi nombre es Asavero: mi padre era carpintero, mi madre trabajaba á la aguja y hacia las vestiduras de los Levitas, que bordaba admirablemente. Aprendí á leer y escribir; luego cuando crecí en edad pusieron en mis manos el libro de la ley y de los profetas. Tenia además mi padre un abultado y carcomido libro envuelto en pergamino, que procedía de sus antepasados, en el cual leí cosas sorprendentes, de que es bueno daros una sucinta idea.

(19) Véase THULO.—*Meletema Historia de Judoa immortalis*. Wittenberg, 1668.

SCHULTZ.—*Dissertatio de Judoa non mortali*. Königsberg, 1668.

ANTON.—*Dissertatio, in qua tepida fabula de Judoa immortalis examinatur*. Helmstadt, 1756.

Biblioteca azul.

DOUHAIRE, en la *Universidad católica*.

A propósito del Judio errante, hizo el baron de Tressan en el siglo pasado una novela ligera y burlesca según la moda de aquel tiempo; y últimamente Edgard Quinet un poema filosófico; Asavero es en su sentir una fórmula de filosofía de la historia. Luego Eugenio Sue una vil diatriba.

»Cuando Adán y Eva nuestros primeros padres tuvieron dos hijos, Cain y Abel, creyeron que uno de ellos sería el Mesías, que les rescataría del pecado de desobediencia. Al matar Cain á Abel se desvaneció esta esperanza. Adán le lloró cien años: habiendo tenido después muchos hijos é hijas, y conociendo que se acercaba su hora, llamó á Set y le dijo: «Ve al paraíso terrenal y pide al ángel Gabriel, que vela á la entrada con una espada de fuego, que me deje penetrar allí una vez más antes de morir.»

»Set, que no sabía nada, fué en busca del ángel y le presentó la demanda de Adán; pero le fué respondido: «ni tu padre, ni tú, ni tus descendientes entrareis en el paraíso terrenal, sino en el del cielo.»

»Cuando el ángel le habló de este modo, le permitió columbrar de lejos aquella mansión de delicias en que habían vivido su padre y su madre, y donde habían desobedecido. Set quedó tan maravillado que se puso á llorar amargamente; pero el ángel le volvió á llamar y le dijo: «Tu padre debe morir en breve; hé aquí tres semillas del árbol prohibido; luego que haya muerto pónselas debajo de la lengua, y sepúltale en esta forma.»

»Marchóse Set, y ejecutó lo que se le habia mandado, y en el lugar donde Adán fué enterrado, germinaron tres arbolillos que crecieron con el tiempo, llevando tan hermoso fruto que nada podía halagar más la vista; pero aquel fruto era amargo al paladar, y lleno de aspereza, de suerte que nadie cuidó de aquellos árboles.

»Cuando nuestros padres fueron llevados á Egipto en cautiverio, Moisés vió una selva ardiendo en el paraje donde le habló Dios, y allí fué donde cogió la vara con que operó los prodigios que podéis leer en la Sagrada Escritura.

»A su llegada á la tierra de promisión; empezaron nuestros padres á edificar ciudades y castillos fuertes, para defenderse contra el enemigo. Aún estaban en su puesto los árboles de que he hablado, en la cima de un monte donde se alzó Jerusalem, y quedaron fuera de su recinto hasta el tiempo en que David, el rey profeta, les hizo entrar en el circuito de sus muros, y construyó cerca de ellos una casa para él, por serle muy grata la vista de aquellos frutos.

»Un día cogió tres de ellos; primero cortó uno y no halló dentro más que tierra; en el otro vió escrito *chaschecab*, es decir, *reclíbele en amor*; en el tercero la pasión de Jesucristo, tal como el rey David la habia anunciado en sus salmos.

»En medio de las vicisitudes que siguieron, fué Jerusalem completamente destruída, y el palacio de David y los tres árboles quedaron de la ciudad á una milla de distancia, hasta el momento en que Antipatro padre del rey Herodes el Ascolanita, los mandó derribar en 3930, para desembarazar aquel terreno destinado al suplicio de los malhechores, y que recibió el nombre de Cólgota. Aquellos árboles fueron llevados á la ciudad junto á un gran

muro donde me senté mil veces, y donde jugué bulliciosamente con mis compañeros: son los mismos con que fué hecha la cruz de Jesucristo.»

Prosigue Asavero contando que á la edad de nueve años oyó referir á su padre que habían llegado tres reyes informándose del lugar donde se hallaba un rey recién nacido para adorarle. Entonces corrió cerca de ellos, y les alcanzó cuando entraban en Belén. Aquí Asavero entabla la narración de Jesucristo niño y de su huida á Egipto, parte según el Evangelio, parte quizá según los libros apócrifos.

»Huyendo la santa familia á Egipto, María que volvía sus ojos hacia atrás de vez en cuando, descubrió soldados, y se asustó de tal manera que hubiera caído del asno si José no la hubiera sostenido. Vieron un gran encinar, donde fueron á esconderse, y de súbito se replegaron los árboles para cubrirlos; así pasaron los soldados sin verlos. Inmediatamente tornaron á adquirir su tensión natural las ramas, y la santa familia prosiguió su camino.

»Al día siguiente entraron en el desierto, y después de andar mucho les sobrecogió nuevo espanto viendo salir de una caverna á dos bandidos. Estos se apoderaron de José y de María con el niño, y habiéndolos conducido á su madriguera les preguntaron quiénes eran. María se turbó totalmente; pero el niño miró á los ladrones con tal sonrisa, y les tocó en el corazón de tal modo, que desataron inmediatamente á José é hicieron llevar mantillas para Jesús y víveres para sus padres.

»Conviene saber que la mujer de uno de los ladrones tenía un hijo hidrópico. Después de haber cogido, limpiado y lavado á Jesús, hizo otro tanto con el suyo que sanó en el mismo instante. Asombráronse extraordinariamente los bandidos y así fueron bien servidos José y María, y se les dió el mejor aposento para tomar descanso; al día siguiente se les volvió á poner en buen camino. Deseándoles un bandido feliz viaje, dijo á Jesús: «Señor, creo firmemente que sois más que un hombre, puesto que no he tenido valor para mataros á los tres, y sois los primeros que salís sanos y salvos de mi albergue. Acordaos de mí, Señor, y de la miseria de mi vida;» y se separó de ellos con las lágrimas en los ojos. Según atestiguó la Virgen María, este mismo ladrón es el que murió crucificado con Jesús.

»Prosiguiendo su viaje la santa familia se encontró fuera del desierto al mediodía, y la Santa Virgen se bajó del asno para descansar. Fatigada como estaba se puso á la sombra de una palmera, mientras que José buscaba un poco de yerba para su cabalgadura. Levantando María los ojos vió que los dátiles estaban maduros; y como parecían excelentes tuvo gana de ellos; pero no podía alcanzarlos en atención á que se hallaban á grande altura. Más, hé aquí, que una rama se inclina sobre sus rodillas, y coje ella tantos dátiles como apetece.

»Y prosiguieron su viaje; dista la tierra de Egipto

de Judea dieciséis jornadas de buen camino. Luego que llegaron, en todos los lugares por donde verificaban su tránsito caían por tierra los falsos dioses: muchos egipcios corrieron á adorarles, y respondían á aquellos que les reprendían: «Nuestros dioses caen delante de ellos. ¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo?»

»Después de permanecer algún tiempo en Egipto, se apareció un ángel á José en sueños, y le mandó volver á Judea, donde había muerto Herodes miserablemente.»

Asavero asiste como testigo á los hechos de la vida de Jesucristo, y se complace mucho en domésticos pormenores. No los trasladamos por llegar á la pasión, en cuyo relato pone la leyenda en oposición del judío de buena fe, y arrepentido, personificado en Asavero, el judío traidor y obstinado, personificado en Judas Iscariote.

«Os diré de qué familia era Judas. Su padre procedía del tronco de Rubén; era jardinero y hacía un pequeño tráfico de tierra y de plantas. Cuando su mujer estuvo en cinta de Judas, soñó que daba á luz un hijo que tenía una corona en la mano; que después de haberla tirado al suelo la pisoteaba, y acercándose luego á su padre le daba muerte. Iba enseguida al templo, y hacía pedazos los ornamentos preciosos.»

»Despertóse desconsolada y contó su sueño á su marido, quien fué de un lado á otro inquiriendo su significado; al fin se le dijo que nacería un hijo que mataría á un rey y á su padre, y sería tan avaro, que no retrocedería ante ninguna iniquidad á trueque de tener dinero.»

»Al oír esto quedó poseído de espanto el padre de Judas; y á fin de evitar tantas desgracias resolvió con su mujer arrojarle al agua. En efecto, á los diez días de su nacimiento fué llevado por su padre al Jordán, que desembocaba en el mar Muerto. Pero la canasta que le contenía fué empujada hacia la isla de Candia, y paseándose el rey del país con su esposa vió flotar aquella cestilla y mandó que la cogieran. Comó viera dentro un hermoso niño, ordenó que se le cuidara, y le llamó Judas, porque conoció en su envoltura que era judío.»

»Judas fué educado con el hijo del rey que le llevaba un año. Cuando hubieron crecido, se descubrió que Judas robaba el dinero al otro; el joven rey se lo dijo á su padre, quien habiendo dispuesto que registraran á Judas, se le encontraron encima monedas, anillos y joyas de precio, robadas á la reina y al príncipe; hizo que le azotaran y le dijo: «No eres mi hijo, aunque de tal llevas el nombre; eres un niño expósito, salvado de las olas y educado por caridad.»

»Judas concibió tal rabia al oír aquellas palabras de no ser quien creía, que resolvió vengarse; é imaginando ser culpa del joven príncipe, buscó el momento y la ocasión favorable para jugarle una mala pasada. Cierta día que habían ido á pasearse juntos por un bosquecillo, le dió tal golpe en la cabeza que le dejó muerto; y habiendo ganado el

mar se salvó en Egipto; de allí pasó á Jerusalén, donde entró al servicio de un magnate, en atención á que era circunciso sin saberlo, é instruido además en la ley y en los usos de los judíos.

»Al cabo de algún tiempo, su amo le envió á comprar frutas, y le indicó precisamente la casa en que habitaba su padre. Avariento por tener dinero, escaló la tapia del jardín y se puso á coger frutas; descubriéndole su padre, le dijo: «¿Por qué robas mis frutas?» y otras palabras: entonces furioso Judas, le descargó tantos golpes que le dejó por muerto; cogió las frutas y volvió á la mansión de su amo.»

»Al día siguiente fué su madre á quejarse allí. Enviósele, pues, á la justicia; decidiendo la sentencia que si moría el herido, se casaría con la viuda, como así sucedió. Llamósele *Iscariote*, es decir, asesino, y vivió largo tiempo con su madre.»

»Pero como una vez notase ella al acostarse que él tenía unidos dos dedos del pie, exclamó: «Oh, Señor, bien veo cuan verídico fué mi sueño; porque el niño que abandonamos tenía precisamente así los dedos.» Y mientras más miraba á Judas, más se arraigaba en ella la certidumbre de que era el mismo, tanto más cuanto que tenía en la sien una señal de color gris, como su hijo; siendo por esto por lo que fué reconocido.»

Se ve que la imaginación de los narradores tomaba de la tradición hebraica, al mismo tiempo que de las fábulas paganas, los más sombríos colores para pintar el mayar de los culpables. El traidor realizó su crimen; el Cristo es arrastrado al suplicio, queriendo Asavero, partidario ardiente de los escribas y fariseos, presenciar sus últimos instantes.

»Estaba en la puerta de mi casa cuando veo á unos que corrían gritando: «¡Crucificar á Jesús!» Tomé entonces á mi hijo en mis brazos para hacerle ver, porque en este instante llegaba Jesús bamboleándose bajo el peso de su pesada cruz. Se detuvo delante de mi puerta para descansar un poco; pero yo, irritándome como de una afrenta, le dije con dureza: «Vamos, marchad; lejos de mi puerta. No quiero que ningún pícaro repose en ella.»

»Miróme con triste semblante Jesús, y dijo: «Yo marchó, pero ya descansaré, tú irás y no encontrarás nunca reposo, caminarás en tanto que el mundo sea mundo, y hasta el día del juicio final. Anda, me verás sentado á la diestra de mi Padre, desde donde juzgaré á las doce tribus que me han crucificado.»

»Dejé á mi hijo y seguí á Jesús: la primera persona á quien ví fué la Verónica, que ilegó á enjugar el divino rostro con un lienzo en que quedó grabada su imagen. Algo más lejos ví á María y á otras mujeres que lloraban. Uno de los obreros que llevaba los clavos y el martillo, cogió uno de los clavos, y enseñándoselo á María, dijo: «Mira, mujer, tu hijo va á ser clavado con esto.»

»Fuí con él hasta la montaña. Cuando llegaron

allí, tomaron la cruz y la dejaron en el suelo, luego abrieron grandes hoyos, mientras otros criados del verdugo despojaban á Cristo de sus vestiduras. Ya desnudo, muchos apartaron los ojos de aquel espectáculo miserable, otros se reían y hacían mofa. María, quitándose su velo de la cabeza se lo envió á Jesús para que cubriera su desnudez.

»Enseguida fué crucificado, y se colocó la cruz en el mismo sitio en que había sido sepultado Adán, y donde se hallaban los tres árboles de que he hablado. Después de pronunciar algunas palabras espiró Cristo: entonces se oscureció el cielo, y sobrevino una tempestad horrible, salieron los muertos de las sepulturas, se desquiciaron las rocas, y al pie de la cruz se hendió la tierra. Acercóse Longinos con una lanza, y atravesó el costado de Jesús, que ya era muerto. La sangre que manó de la herida, cayó en la abertura de la tierra al pie de la cruz, donde roció la cabeza de Adán y de Eva, sepultados allí ambos y reducidos á polvo.»

Ciertamente es una idea de las más ingeniosas y atractivas de la Edad Media hacer morir á Cristo en un madero nacido de la simiente del árbol fúnesto para todo el género humano, y salido del mismo polvo de nuestros primeros padres, y enseguida plantar la cruz sobre su sepulcro, y correr la divina sangre sobre las cenizas, como para reanimarlas.

Después de tomar aliento Asavero mientras cada uno de los oyentes expresaba el sentimiento que le agitaba, continuó de este modo:

«Apenas había muerto Cristo, fijé mis ojos en Jerusalén para verla una vez más, sintiéndome como empujado á abandonarla. Empecé mi viaje sin saber hacia donde me dirigía. Traspuse encumbrados montes; ahora donde quiera que me encamino no puedo detenerme. En este mismo momento, señores, decía haciendo reverentes saludos, me parece como si estuviera sobre áscuas; y aunque estoy sentado, se mueven mis piernas, y experimento una grande impaciencia por tornar á emprender mi viaje.»

»Corrí, pues, de Oriente á Occidente, del Norte al Mediodía. Después de haber andado por todo el mundo volví á Judea; pero ya no encontré allí deudos ni amigos, porque hacía cien años que caminaba de continuo; así una vida tan larga me servía de insoportable peso. Nuevamente salí de Jerusalén, donde ya nadie me conocía, con intención de arrostrar toda clase de peligros para perder la existencia, sintiéndome cansado de vivir tanto tiempo; pero por más que hice, la palabra de Dios había de cumplirse. Lidié en mil batallas, recibí más de dos mil golpes, sin que me hiriera ninguno de ellos, porque mi cuerpo es duro como la roca, y ningún arma es capaz de producirle la lesión más leve. He surcado los mares y á menudo he padecido naufragios; mas quedo flotante sobre el agua como una pluma. Jamás experimento necesidad de comer ni de beber; no tengo enfermedades, ni puedo morir. Ya he recorrido el mundo

cuatro veces, en todas partes he visto grandes cambios, comarcas destruidas, ciudades destruidas, lo cual sería muy largo referiros.»

Terminada su historia se levantó el Judío errante para ponerse en camino. Entonces el obispo le rogó que permaneciera otro rato, y le ofreció dinero para su viaje, pero él respondió: «No lo necesito; puedo estar sin comer ni beber años enteros, aun que soy como otro cualquiera: vestido y calzado no me faltan, pues nunca se gastan los que llevo.»

Y saludando á la compañía, se puso en camino para el quinto viaje.

Tal es la leyenda popular, tan conocida de los sabios como del vulgo. Este, muestra en cien parajes las huellas del Judío errante, cuenta sus maldiciones, sus profecías, otros ven una magnífica epopeya en este sér, ante el cual todo pasa sin que él pase, solitario é impasible testigo de tantas vicisitudes y de tantas penas.

Biografías.—Las vidas de tantos mártires, de tan admirables anacoretas, ofrecían además á la literatura cristiana un campo fecundo y un género nuevo. Anteriormente se habían compuesto biografías, pero eran de personajes correspondientes á la historia; á la par que la humilde virtud halló entonces su panegrico y su revelación, y los fastos de la humanidad consistieron en pequeños sucesos, narrados para servir de ejemplo. No hay que buscar allí gratas distracciones ni especulaciones filosóficas, sino una narración impregnada de sencillez, en la que si se halla alterada á veces la historia verdadera, se revela la historia moral llena de verdad y de encanto. Confiando el mundo romano en su eternidad, en el momento en que estaba al borde del abismo, continuaba entregándose á sus diversiones y á sus negocios. Proseguían los poetas celebrando á sus dioses, sin apercibirse de que ya no existían: se ocupaban los filósofos en discutir sobre el crepúsculo, cuando ya resplandecía la luz con todo su brillo. Durante este tiempo, el pueblo á quien no se dignaban prestar atención, hacía historia á su modo, ora repitiendo las predicaciones del apóstol, ora los tormentos de los mártires, ora la castidad de la doncella ó las abstinencias del solitario en el desierto, con aquellas galas de detalle, características de las narraciones populares. De aquí las numerosas leyendas que ejercitaron la piedad de los siglos creyentes y la crítica de los siglos pensadores; pero en las que nadie podrá desconocer una admirable sencillez, una creencia engañada á veces, jamás engañadora. Aquellos que las compusieron posteriormente como ejercicio de escuela, no lograron imitarlas.

Semejante piedad, que mezclaba lo falso con lo verdadero, lo hizo con alguna malicia, cuando por la extensión de las heregías cada secta quiso tener su evangelio propio, é introducir en él en apoyo de sus errores hechos y palabras. Entonces hubo de acudir la Iglesia á separar los escritos apócrifos de los emanados verdaderamente de los Apóstoles.

Desde muy temprano fué traducido el Nuevo

Testamento á diferentes lenguas, porque no bastaban los dos idiomas literarios para un libro destinado á divulgarse entre los pueblos; y ya desde el segundo siglo se hace mención de versiones siríaca, copta, etiope, sin hablar de la versión itálica. Sobre ellas desplegaban los comentadores su sutileza y su celo, especialmente porque al principio supusieron dos sentidos á la escritura, uno literal y otro oculto: luego vino San Ireneo, quien enseñó que la interpretación de los libros santos debía conformarse con la tradición siempre.

Además de la exégesis abarcaba la literatura eclesiástica la apología, la controversia, la exposición dogmática, la moral, la elocuencia y la historia sagrada. Ya hemos visto cuanto vigor había en los apologistas y controversistas; aquella desusada energía hubo de dar á entender que había nacido algo nuevo en medio de las depravadas generaciones. La luz superior emanada del Evangelio, unió bajo un solo punto de vista y en una sola esfera de acción la inteligencia artística y la sutileza filosófica de los griegos, al conocimiento práctico de los hechos humanos, que era patrimonio de Roma, y al profundo sentido profético de los judíos; de aquí resultó que el talento literario y el brillo de la elocuencia concurrieron en ayuda de la palabra fundamental, apoyando su autoridad, haciendo comprender claramente su concisión.

Hubo más empeño en refutar primero el error que en desenvolver sistemáticamente la verdad; por eso no poseemos ninguna exposición de la fe anterior á la de Gregorio el Taumaturgo. El catecismo de Cirilo, obispo de Jerusalén, aventajó á cuantos le habían precedido.

En lo concerniente á la moral pensaron los cristianos más bien en practicarla y divulgarla que en establecer el edificio doctrinal de ella. Tertuliano fué el primero en determinar las reglas para armonizar las costumbres con el cristianismo, empleando, á pesar de todo, un excesivo rigor en su sistema; imitáronle en esto Orígenes y otros Padres griegos, consagrados al misticismo oriental. No obstante, todos distinguieron los preceptos de los consejos, obligatorios los primeros para todos los hombres, dirigidos los segundos á los que aspiran á una perfección no común.

No contentos con dirigirse á las personas instruidas, los doctores cristianos catequizaban al gran número en las predicaciones, que hacía cada *profeta* en las asambleas; ésta era una institución desconocida de los paganos, y una de las más bellas prerogativas del ministerio eclesiástico.

Cuando se otorgó la paz á la Iglesia, se pensó en escribir su historia, y los materiales recogidos entonces sirvieron para componer las narraciones que veremos aparecer en el siglo siguiente.

CAPITULO XXXIV

BELLAS ARTES

No viene la historia en apoyo de los sistemas que atribuyen á las bellas artes su mayor brillo en las épocas de gran libertad política. Roma republicana las cultivó con tanta poca ventura, que su orgullo no se revelaba de ningún modo al confesar la superioridad de los griegos. El lujo de los emperadores y el de los particulares multiplicó para los artistas las ocasiones de distinguirse, sin que resultara ninguna ilustración verdadera (1).

El panteón de Agripa ha quedado como el monumento más notable de la arquitectura romana. Sin embargo, ya en tiempo de Augusto se alteraba con imitaciones extranjeras, y el templo levantado á este emperador en Milaso de Caria, con sus columnas romanas ornadas de follaje en su base, con una fachada jónica, es un extravagante testimonio de ello. Posteriormente fué corrompiéndose el gusto, se prolongaron las columnas hasta duplicar la medida prescrita; se introdujeron estrambóticos ornamentos, se prodigaron los brillantes colores con que Ludio cargaba las paredes de las casas, representando paisajes, vendimias, escenas campestres, añadiendo molduras arquitectónicas de gusto caprichoso. Nos quedan ejemplos de esto en los baños de Tito y en muchas pinturas de Pompeya. El gusto de los emperadores debió ser perjudicial á las artes. Tiberio no amaba más que las obscenidades; Calígula echaba abajo las cabezas de los dioses para substituir la suya, y mandó arrancar de dos cuadros la imagen de Júpiter para ajustar allí la de Augusto. Nerón cubría de dorado las obras de Lisipo, así como sus palacios: sin embargo, se conservan una cabeza suya y otra de Popea, que admiran por el pensamiento y el trabajo; y el busto de Séneca del museo Borbónico, probablemente

contemporáneo del original, hecho en Roma donde vivía habitualmente aquel filósofo, es una de las más bellas fusiones.

Bajo Tiberio las catorce ciudades de Asia derribadas por un terremoto y reedificadas, pudieron suministrar á los artistas ocasiones de ejercitarse. Cuando se trató de adornar el Palacio de Oro de Nerón, se llevaron allí quinientas estatuas de bronce solo del templo de Delfos (2), entre cuyo número se contaban quizá el Apolo de Belveder y el Gladiador de Borghese. Celer y Severo fueron los arquitectos de este edificio, para cuya continuación decretó Otón noventa millones de sextercios durante su cortísimo reinado: luego Vespasiano restituyó al pueblo los inmensos terrenos invadidos por aquel palacio. Este emperador sacó muchas estatuas de Grecia, y muchos ornamentos de Jerusalén para su templo de la Paz.

Coliseo.—El Coliseo, construido quizá por los judíos que llevó Tito en cautiverio, forma una elipse de doscientos treintinueve metros de circuito en lo interior: el muro de recinto está apoyado en ochenta arcadas, que en cuatro cuerpos de arquitectura sobrepuestos se elevan á cuarentinueve metros. Enteramente revestido de mármol por la parte exterior y adornado de estatuas, encontraban allí cabida ciento noventa mil espectadores en cuarenta andanadas de asientos, también de mármol: sesenticuatro puertas daban acceso á la muchedumbre; los pasadizos y las escaleras estaban dispuestos de modo que cada cual según su clase, podía llegar fácilmente al puesto que le estaba señalado. Un *velarium* preservaba á los espectadores del sol ó de la lluvia. Saltadores de agua refrescaban, y á veces perfumaban el aire.

(1) Véase el cap. XXVII del libro V.

(2) PAUSANIAS, X.